



JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ

✉ lasleyendasdenuestros pueblos@gmail.com

LEYENDAS DE NUESTROS PUEBLOS

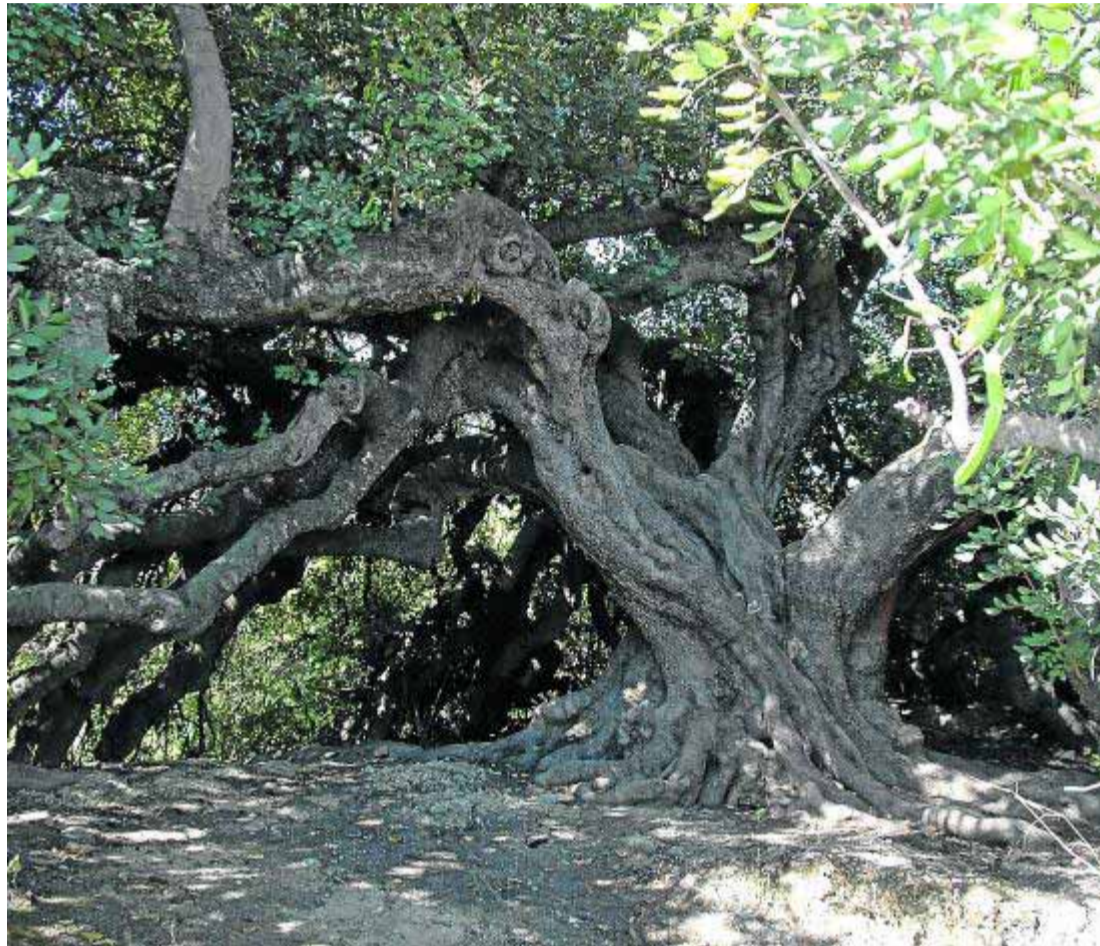
Restábal y el algarrobo milenario

La historia de un amor imposible y el trágico final del joven enamorado, del capataz que lo asesinó y de la mujer que lo provocó

Situados en el centro-sur de la comarca del Valle de Lecrín se encuentran Melegís, Restábal y Saleres. Su Ayuntamiento se formó allá por el año 1972 reuniendo a los tres núcleos urbanos, que pasaron a denominarse El Valle. En Restábal se ubicó el Ayuntamiento al encontrarse estratégicamente situado entre Melegís y Saleres y su territorio está surcado por los ríos Albuñuelas y Dúrcal. Son pueblos de tradición musulmana, como lo demuestran sus restos de atalayas, el sistema agrario de acequias y bancales y su estructura urbanística de calles estrechas, patios llenos de macetas y callejones sin salida.

Cuando me encontré con María del Mar Vallejo, responsable de comunicación del Ayuntamiento y Luis Molino, de la Asociación de Mayores, pude disfrutar de un paseo agradable por la villa de Restábal, donde descubrí la preciosa Ermita del Cerro, construida en honor a la Virgen de Fátima y situada en un paraje con preciosas vistas hacia el Valle de Lecrín y la cola del pantano de Béznar. En el siglo XVIII fue lugar de descanso de importantes familias nobiliarias, con gran importancia en la política de Granada, dejando un legado de casas señoriales. Entre las aportaciones que se hicieron durante este siglo cabe destacar la Fuente del Camino Real, llamada 'la Lonja' o antigua pescadería por encontrarse junto al camino que unía Granada con su costa, paso de los pescaderos que llevaban su rica mercancía hacia la ciudad.

Miguel, según cuenta una leyenda, era uno de los pescaderos que hacía el camino de Motril a Granada cargado de mercancía y solía parar en el pueblo de Restábal para vender pescado. Miguel era un buen mozo, de cuerpo fuerte y mente clara, que con su verborrea de vendedor ambulante tenía encandilada a más de una moza del lugar. Un día, cuando se encontraba vendiendo en la Lonja, apareció una preciosa muchacha de ojos azules, piel clara y pelo rubio como el trigo de los llanos del Temple. Era la primera vez que la veía por el mercado y recibió un flechazo de Cupido en pleno corazón. La joven asistía acompañada de una ama que la vigilaba muy de cerca



El milenario algarrobo donde Miguel y Rocío se declaraban su amor. :: MIGUEL SABIO



Lonja de Restábal, perfectamente restaurada. :: MIGUEL SABIO

y controlaba todo lo que pasaba a su alrededor. Tras comprar unas deliciosas quisquillas de Motril, dos pulpos y una buena brótola, la ama se acercó a pagar su mercancía a Miguel y este, sin quitar ojo a la muchacha, preguntó por el nombre de la chica.

—No es cuestión que te importe, pescadero... tú a lo tuyo. ¡Y deja de mirar de esa manera que es mucho hueso para tan poco perro!

—Solo preguntaba por el nombre de la bella dama... No es para

ponerse así, pero si para probar el hueso hay que morder a la rata, pues se muere.

La chica no pudo reprimir una sonora carcajada y el ama la miró reprobando su actitud. Tras hacer un mohín con la boca, la mujer le contestó a Miguel.

—¡Ten cuidado donde pones tus ojos y lo que escupe tu boca... puede que te atragantes con las palabras!

Dicho esto cogió a la chica de la mano y dando media vuelta subió

por la calle como alma que lleva el diablo, pero la muchacha, antes de partir, le guiñó un ojo a Miguel. Instantes después, Encarna, otra de las clientas de Miguel, a la que apodaban 'La Lechuza' por estar siempre mirando con sus ojos saltones la vida y milagros de los vecinos de la villa, le informó de quien era aquella joven.

—Es la benjamina de uno de los poderosos señores de la villa, de esos con blasones en la puerta, y dicen las malas lenguas que es muy influyente en la capital y que tiene muy mal genio.

Miguel se quedó pensativo, pero al pronto volvió a preguntar por el nombre de la muchacha.

—Se llama Rocío y está aquí por una rara enfermedad que padece. Los médicos le han recomendado a su padre estos aires, que le hacen bien para su salud.

Miguel sonrió y tras finalizar la venta de pescado se dirigió a casa de Rocío, donde 'La Lechuza' le había indicado, topándose con un precioso jardín colgado de una parata de tierra mirando al Valle. Ni corto ni perezoso se subió por el muro de piedra hasta la parte superior de la parcela, viendo como Rocío se encontraba sentada en un banco con un libro en sus manos, que cerró cuando vio a Miguel. Él la observó desde el filo del muro y los dos se quedaron mirándose unos instantes, hasta que ella se acercó y le dijo.

—Mucho te estás arriesgando viniendo aquí. Si mi padre te descubre, te mata.

—¡Estoy muerto si tu no me amas.

Rocío se acercó y le contestó: —Desde que te vi en la Lonja, algo en mi pecho está hirviendo y creo que es por ti.

—Pues mi corazón, señora, salta de amor cada vez que esos ojos azules me miran.

Desde aquel momento, los dos jóvenes aprovechaban todo el tiempo posible para declararse su amor y el lugar elegido para hacerlo era un milenario algarrobo situado en el Camino Real, a la salida hacia Motril, que con sus ramas y tronco retorcido en mil brazos era perfecto como escondite, convirtiéndose aquel imponente árbol en mudo testigo de sus promesas.

Así pasaron los días del estío hasta que un día el ama intuyó que algo pasaba con Rocío y la siguió sigilosamente hasta el algarrobo. Y viendo que el encuentro de la muchacha con el pescadero podía hacer peligrar su trabajo y algo más en la casa del noble, decidió sincerarse con el mayordomo, que le recomendó transmitir un mensaje claro y efectivo al pescadero.

La trampa se preparó en el mismo lugar de sus encuentros y allí, entre las ramas, se escondió el capataz para darle un escarmiento al muchacho, pero la cosa se le fue de las manos y el muchacho derramó su sangre y su alma en aquel lugar.

Cuando la noticia llegó a Rocío su corazón se partió en mil pedazos, agravándose muy seriamente su enfermedad. Y en una tarde de septiembre, cuando el sol se estaba poniendo por los montes de Nigüelas, una sombra tapó su lectura en el jardín de la casa solariega. Ella, confundida, se levantó para ver quién era y una amplia sonrisa apareció en su rostro, soltando una palabra que se llevó el viento:

—Tú...

Poco después, la vieja ama, al no ver a la muchacha en el jardín, se imaginó que estaba de nuevo, como tantas otras veces, junto al algarrobo milenario llorando su amargura y fue a buscarla allí acompañada por el capataz.

A la mañana siguiente encontraron al ama y al capataz ahorcados junto al algarrobo. Una raíz gruesa les rodeaba a ambos el cuello. Muchos dijeron que fue el padre de la chica, otros que fueron bandoleros para robarles, pero lo cierto es que Rocío nunca apareció y que desde entonces, al atardecer, algunos labradores han oído risas y susurros de amor junto al milenario árbol.